



El gran salto

Adrienne Samos

La Bienal de Arte de Panamá nunca ha tenido la misma cara. De ser un certamen ultra convencional que sólo aceptaba pintura sobre lienzo, ha progresado gradualmente hacia la inclusión de todos los medios. Ello se debe a que, edición tras edición —no obstante el clima conservador de las instituciones de arte en este país— la bienal ha demostrado ser una especie de termómetro que no solo mide la calidad expresiva de los artistas más jóvenes o vigentes, sino también la incesante dinámica de mutaciones culturales que se ven reflejadas de una u otra manera en las prácticas artísticas contemporáneas.

2005 fue testigo de la transformación más radical de toda su historia. Mónica Kupfer, directora fundadora, y Walo Araújo, director general, eliminaron los premios, otorgaron mil dólares a cada artista para la elaboración de su obra e invitaron a la guatemalteca Rosina Cazali, curadora de encomiable trayectoria profesional, a encargarse de la exposición. El resultado fue una muestra de alto nivel, distinción y coherencia. Tiene personalidad propia. La recorre un hilo de poética contención que incorpora buenas dosis de ironía crítica y comentario social.

Es difícil exagerar la medida en que este gran salto ha beneficiado al arte en Panamá, a su percepción por parte del público y a la propia bienal. Más allá, este salto la posiciona como la más avanzada de la región, incluyendo la bienal centroamericana. El carácter de concurso y de *hit parade*, consagrado por el veredicto de un prestigioso jurado, rodea a muchas bienales de un aura de solemne espectacularidad que a mi parecer menoscaba una atención más profunda a las tendencias de la práctica artística y su relación con el contexto sociocultural.

De esta relación se ocupa la mayor parte de la muestra curada por Cazali. El soporte de **Panamá jat**, de Jonathan Harker (ganador del I Premio en la bienal anterior), es el plástico negro antideslizante y reflexivo que cubre todo el piso de la planta baja del museo; el artista se sirve de las propiedades formales del material, cuestionando a la vez su extraña ubicación en un espacio expositivo. Pero además, en el tono de ligereza y el espíritu socarrón tan vinculado a la supuesta idiosincrasia de los panameños (y del personaje público que se ha forjado Harker), la obra juega con nuestra manera de

subvertir el inglés y con malentendidos culturales. A Harker, como al famoso sombrero, se le considera panameño aunque “fue hecho” en Ecuador.

Donna Conlon participa con otro de sus impecables videoperformances en los que una absurda acción repetida expone secuelas del consumismo y la polución. En este caso, las manos de la artista van abriendo, una tras otra, como infinitas cajas chinas, bolsas plásticas que contienen otras y otras, y cuyos colores o logotipos reconocemos quienes vivimos en el país fenicio por excelencia.

En clave más formalista, Francisco Merel también toca fibras de nuestra identidad con **El diablico blanco**, escultura que no se limita a reproducir la folclórica máscara del Carnaval panameño, sino que digitalmente la magnificó y borró todo color. La distorsión logra un estético impacto *high-tech*, sobre todo por su certero montaje en una pequeñísima sala del mismo blanco, agrandando así aún más el sentido de escala.

José Manuel Castrellón también distorsionó las imágenes de su serie **Welcome to My Country**, fotografiando a las *misses* en la pantalla de su televisor durante la celebración del concurso Miss Universo en Panamá, como comentario sarcástico ante el exorbitante gasto del dinero público para el evento al que más importancia dio el gobierno panameño en el centenario de la independencia republicana.

Son tres las obras que más ahondan en el acontecer histórico y sociopolítico del país. **Angie contra el mundo**, videojuego de Ana Luisa Sánchez Laws, invita al espectador a adentrarse en los sucesos en torno a la traumática invasión estadounidense de Panamá, herida que todavía está muy abierta en nuestra psique colectiva. **Naciones moebius**, de Enrique Castro Ríos, es una poética videoinstalación cuyas tres pantallas exhiben imágenes y textos en secuencia aleatoria para sugerir tensiones y afinidades humanas, lingüísticas y ambientales alrededor del mundo, tomando como eje Panamá y su papel en el proceso globalizador.

De estas tres obras, e incluso de toda la muestra, prefiero la sencillez y el impacto de **La carrera**, pieza sonora de Humberto Vélez. En la simulación de una carrera hípica a cargo de su padrastró Arquímedes “Junier” Fernández, narrador deportivo profesional, Vélez logra ofrecernos la vitalidad de lo vernáculo, una fuerte crítica social, tremendo sentido del humor y la emoción que despierta un deporte muy panameño. En el estilo ocurrente con el cual se bautiza a los caballos en la hípica, y seleccionando nombres que apuntan a prejuicios, miedos y deseos del Panamá contemporáneo, los participantes en *La carrera* se llaman Negro de Mierda (gran favorito, según Junier), Miss Panamá (otro favorito), Visa Americana (tan codiciada como denegada), Oligarca, Papi Rico, I Have a Dream, El Sida, Extranjero y One Dollar.

Trabajos más intimistas fueron la colosal instalación escultórica de Lezlie Milson; la extraordinaria e inquietante serie fotográfica **American Exurbia**, de Rachele Mozman, que retrata a niños de la anémica clase media suburbana del noreste estadounidense; el video homoerótico de Ramsés Giovanni y el de Víctor Mares, que subvierte tiempo y acción; el armario negro de Beatriz Paredes, y las impresiones digitales sobre lienzo de Mira Valencia, las únicas “pinturas” de la muestra, que irónicamente copian ciertas

gamas del sistema cromático Pantone, evocando a la vez las serenas abstracciones de cierto arte geométrico.

En conclusión, se trata de una exhibición de incuestionables méritos que, no obstante, sufrió por falta de tiempo. De haber tenido más tiempo, Cazali habría podido preparar una muestra más completa y sólida sin tener que recurrir tan solo a las carpetas para la selección de los artistas, y visitar el país con mayor antelación y frecuencia para conocer gentes, lugares, estudios y trabajar más a fondo con los artistas. Pero este escollo palidece ante los admirables logros de la Bienal de Arte de Panamá 2005.

Publicado en la revista *Artmedia*, San José, enero, 2006.